

las estrellas, en vez de enmendarlo por el arte de la educación, añaden casualidad á casualidad, azar á más azar; y no ven, ¡insensatos! que en tanto que ellos disputan y se afanan por vanas fórmulas parlamentarias y por cuatro ochavos de menos ó de más, la fortuna ciega puede estar preparando en Palacio, con la urdimbre del hábito, de la sugestión y de la herencia, los más graves problemas de la política futura... las vicisitudes de la vida nacional de mañana...

—De modo que, según tú, importa mucho á todos velar por la educación del rey...

—Sí, á todos: á los republicanos, por si acaso; á los monárquicos, por serlo; á España, de todas maneras.

—Según eso... ahí tienes un destino que podría desempeñar sin desdoro un republicano... posibilista.

—¿Cuál?

—El de maestro del rey.

—Claro que sí, cualquier buen patriota... que además fuera buen maestro.

—¿Admitirías tú el cargo?

—Si lo mereciese, con mil amores.

—¡Tránsfuga!

—Si lo mereciese; pero como no lo merezco...

—Bueno; ¡pues tránsfuga, en pretérito imperfecto de subjuntivo!



LA COLETA NACIONAL

De los mejores capítulos de *Gil Blas*, por humanamente melancólicos, reales y profundos, son aquellos en que se pinta la caída del conde-duque, su amargura, que no puede endulzar una tardía insuficiente resignación filosófica, tristeza que la debilidad convierte en larva, en fantasma que acaba de matarle, con ayuda de los doctores.

Si fuera Lagartijo, que no lo sé, hombre aficionado á las lecturas sanas y correctas, acaso estimara bueno repasar esas clásicas páginas á que aludo, al verse hoy en situación tan semejante á la del conde-duque, por culpa de la desgraciada última corrida.

Por las puertas de las cocinas de Palacio, muy de mañana, por miedo del vulgo, huye, según *Gil*

Blas, el conde-duque de la corte, camino de su retiro de Loeches; y, según los periódicos, al día siguiente de la brega famosa, muy temprano también, y á hurtadillas, salió Rafael Molina para Córdoba huyendo de la mala voluntad de la plebe, su señor absoluto, su Felipe.

Estos pueblos soberanos que gustan de toros, tienen mucho de aquellos reyes, arbitrarios también, amigos de jaranas, y sus respectivos favoritos no tienen más remedio que resignarse cuando la fortuna les vuelve la espalda.

Sin embargo, en esta comparación lleva la ventaja el Austria, ligero y altivo, que al fin podía achacar, si no toda, gran parte de la culpa de la pérdida de Portugal, al conde-duque.

Mas el pueblo madrileño, ¿con qué pretexto de justicia pudo mancillar en una sola tarde de vejamen y desprecios, insultos y fieros ataques, los laureles que el aluvión de lustros y lustros había depositado sobre las sienes del matador famoso?

Matara como quiera el último día de su carrera el torero de más *gloria* entre los vivos, el pueblo que le había idolatrado, que aquel mismo día le había tributado el diezmo de oro, no debía insultarle en la plaza, porque era aquella última faena, más que una de tantas, el símbolo melancólico de toda una vida de sustos y estocadas, imagen de

la muerte civil, ó por lo menos tauromáquica, de un heroe de la muleta y el capote.

Ó hablando con toda seriedad, no merecía una silba el hombre que, si contribuyó á mantener en España una afición nociva (y si no hubiera sido él, hubiera sido otro, aunque menos diestro), también puede decir en su abono que con gracia y bizarría libró de la muerte á cientos de míseros picadores, metiéndose al quite como una providencia de sentimental y moralizador melodrama.

Si Lagartijo es pensador, recordando la crueldad caprichosa, el corazón duro y tornadizo de las multitudes, podrá dar sanos consejos á los *maletas* que vayan á visitarle en su retiro; y acaso les diga como el Wolsey de Shakespeare decía á Cromwell, después de haber perdido el famoso cardenal el favor de Enrique VIII:

«Mark but *my fall*, and that that ruind' d me.
 Love thyself last.....
Still in thy right hand carry gentle peace
 Be just *and feart not*
 Farewell
 The hopes of court! my hopes in heaven do dwell!»
 «Observa *mi caída* y lo que me ha arruinado.
 Amate á ti mismo después que lo demás.
Siempre en tu mano derecha lleva... la paz.
 Sé justo y no tengas miedo.

¡Adiós las esperanzas cortesanas! ¡Mis esperanzas habitan en el cielo!»

*
* *

Mas... porque se retirara el conde-duque á Loeches, ¿dejó de perder España á Portugal? ¿Con despedir á Wolsey, consiguió Enrique VIII la paz con su familia ni en su reino ni con Roma?

Por silbar á Lagartijo y obligarle á cortarse *defnitivamente* la coleta, ¿salvarán la *institución* taurina los aficionados?

El conde-duque y sus desaciertos son un episodio en la decadencia de España.

La corrida escandalosa de la *coleta* es un episodio en la decadencia del toreo.

Del agravio de Lagartijo no brotará una generación de Pepe-Hillos...

No hay toros.

(Los que hay, son demasiado *fin de siècle* para la lidia).

No hay toreros.

No hay crítica taurómaca.

Porque, ¿quién critica?

Los mismos que juzgan las comedias y las sesiones del Congreso y los libros de los amigos.

Los que no saben lo que es una larga y escriben *conduciera* (histórico).

Y no hay público, verdadero público; no hay afición.

Hay prurito, pero no afición verdadera.

Los toros se van, puesto que no puede haber toros no habiendo quien los mate bien.

El país se hace viejo, el país se pone triste; estos tiempos de pobreza y de anemia moral, no son para las alegrías de la plaza.

Aprovechemos esta *decadencia* más, para civilizarnos un poco.

Los toros son un espectáculo hermoso...; para españoles, á lo menos; son el juego del heroísmo, el drama realista de la valentía, que tan pocas veces nos ofrece hoy la vida ordinaria.

Hoy que los diputados, cogidos por la justicia, saltan la barrera de la inmunidad parlamentaria; hoy que los más fieros enemigos que hablan de beber sangre se baten con sables sin punta y casi sin corte; hoy que apenas se ven más bravos que los apóstatas, que tienen el valor de su apostasía, en espera del sueldo correspondiente..., hoy las hazañas del ruedo tienen que ser espectáculo interesante, un rincón de *Edad Media*, no romántica, sino *naturalista*, es verdad; pero ¿qué le hemos de hacer si ese valor también se va, si esa destreza se pierde, si la inteligencia del toreo con-

cluye? Aprovechar la ocasión, repito, para ser algo más europeos ya que no podamos ser dignamente africanos.

Démonos tono de gente civilizada y libremos al *arte* de la vergüenza de una vejez chocha y humillada.

Como Frascuelo, como Lagartijo, el país *torero*... debe cortarse la coleta.



PALIKUES

PALIQUE DEL PALIQUE

Cosas pretenden de mí, bien contrarias en verdad, mi médico, mis amigos y los que me quieren mal... que también suelen llamarse mis amigos. El romance de Moratín puedo hacerlo mío, no porque la propiedad sea un robo, sino por lo pintiparado que me viene. También á mí los médicos... espirituales me dicen: «¡No trabaje usted tanto! Es decir, no escriba usted tanto, no desparame el ingenio (muchas gracias) en multitud de articulejos... no escriba usted esas resmas de crítica al pormenor; haga novelas, libros de crítica seria... de erudición... y sobre todo menos articulillos cortos... ¡Esos paliques!... Pobres paliques. Como quien dice: ¡pobres garbanzos!

Otros exclaman:—Eso, eso, venga de ahí...